

tulo estaba en Verona, tal vez de regreso del viaje á Bitinia.

Schwabe¹ dice que el poema de Catulo no pudo haber sido escrito con anterioridad al año 695 de Roma ó 59 antes de la era cristiana, para que hubiese podido darle á Como el nombre de Nuevo Como.

Cree Schwabe que la antigua Ciudad de Como tomó el nombre de Nuevo Como después de que César, por virtud de la ley de Vatino, mandó á ella cinco mil colonos.

Catulo atribuye á Cecilio ser el autor de un poema dedicado á la Diosa de Dindimea, esto es, á Cibeles, lo cual da idea del grado á que había llegado á desarrollarse el culto de esta Diosa á que el propio Catulo hace referencia en su poema Atis.

Exquisita es la ternura con que Catulo le habla á Cecilio de la amada que habrá de retenerlo enlazándole los brazos á su cuello para hacer que permanezca en Como y no acuda á Verona á su llamado.

« . . . Si mihi vero nuntiantur
Illum deperit impotente amore.»

«Si es cierto lo que me han dicho, se muere de amor por él.»

No puede un amante alejado de su amada celebrar con mayor ternura el mutuo amor que comparten Cecilio y su amiga.

¹ L. Schwabius. Obra citada, pág. 295.

Cornificio, el poeta á quien Cicerón¹ considera entre los *magni-oratores* y á quien Teuffel² identifica con Cornificio, el cuestor de César que murió en Africa peleando contra T. Sextio, fué también amigo de Catulo y á él acude en busca de consuelo cuando se siente enfermo y ve que su mal crece por días y por horas. Es profundamente conmovedora la Oda XXXVIII, dirigida á Cornificio:

Malo está, Cornificio, tu Catulo;
En verdad mucho sufre y está enfermo;
Su mal crece por días y por horas.
¿Por qué tú, á quien es fácil, á lo menos,
Consuelo no le das con tus palabras?
Yo ardo en ira. ¿Qué acaso lo merezco?
Tristes, cual de Simónides los cantos,
Mándame unas palabras de consuelo.

Ovidio, en sus Tristes, Lib. II, menciona también á Cornificio como un poeta erótico al igual de Catulo, de Calvo, de Memmio, de Cinna, de Anser y de Valerio Caton, y Macrobio³ cita en sus Saturnales un verso de su poema intitulado «Glauco.»

Celio no es ni puede ser Celio Rufo, el amante de

¹ Cicerón. Fam. 12, 17, 2.

² W. S. Teuffel. Obra citada, tomo I, pág. 375.

³ Macrobius. Sat. VI, 4, 12. «Deducta mihi voce garrienti.» VI, 5, 13. Cornificius in Glauco.

Clodia, porque sería inexplicable que le hubiera dado pruebas de su amistad, cuando ardía en las llamas del amor por Lesbia, aquel que precisamente fué el rival que lo suplantó en su corazón.

Es indudable que el Celio del Epigrama XLVIII y de la Oda C son uno mismo, y parece probable que fuera Veronés precisamente por el texto de la Oda C. Por otra parte, Catulo recibió de Celio pruebas de sincera amistad en los días de sus amores con Lesbia.

Dice la Oda C:

Ama Celio á Aufileno, y ama Quintio,
Flor de los Veronenses, á Aufilena;
Ama al hermano aquél y éste á la hermana.
¡Dulce fraternidad la que ellos llevan!
¿Por quién yo haré mis votos? Por ti, Celio;
Tú á mí probaste tu amistad sincera
Cuando en las llamas del amor ardía.
Ten, ¡oh, Celio! en tu amor dicha completa.

Si Catulo recibió de Celio pruebas de singular ternura, á ninguno de sus amigos amó tanto como á Veranio, aquel á quien en la Oda IX considera como el mejor de sus amigos.

Veranio, de quien habla como compañero de Fabulo en España y formando parte de la comitiva de Pison, hizo, como Schwabe¹ lo conjetura, dos viajes diversos á España.

¹ Ludovicus Schwabius. Obra citada, págs. 244 á 246.

Catulo celebra en la Oda IX precisamente el regreso de uno de esos viajes.

¿Ya volviste á tu hogar y á tus Penates?
¿Has vuelto ya al amor de tus hermanos
Y al de tu madre anciana, tú, el primero
De todos mis amigos, ¡oh, Veranio?
¡Oh qué noticia para mí tan grata!
Otra vez vuelvo á verte sano y salvo;
Al fin te puedo oír, de los Iberos,
Según es tu costumbre, relatando
Los lugares, los hechos, las naciones;
Y oprimiendo tu cuello entre mis brazos,
Al fin, lleno de dicha, puedo ahora
Besar tus ojos y besar tus labios.
¡Entre todos los hombres más felices,
Como yo nadie puede serlo tanto!

Fabulo, en fin, amigo y compañero de Veranio, es también de los íntimos de Catulo y á él le ha consagrado la Oda XIII, en la cual lo invita á una cena si él mismo lleva de comer, si va acompañado de alguna hermosa niña y si, además, da el vino, y los chistes, y la alegría, y el contento.

Catulo, en cambio, ofrece un perfume exquisito que las Gracias y los Amores le prepararon á Lesbia, y desea que su amigo sea todo nariz para poder olerlo.

Mucho se ha discutido si la Oda XIII de Catulo

fué escrita en serio ó si es un juego al que lo autorizara su intimidad con Fabulo.

Hay, sin duda, cierta ironía en la primera mitad de la oda, pero no en la segunda parte, en la cual Catulo ofrece los ungüentos y perfumes.

Aquellas comidas eran, en efecto, gratas y rientes; eran las mujeres el encanto de la sala, era el vino la alegría del espíritu.

Probablemente para una de aquellas cenas compuso Catulo la Oda XXVII.

Esclavo que Falerno añejo sirves,
Ven y escancia en mi copa el más amargo,
Cumpliendo de Postumia, que es más ebria
Que el grano de las uvas, los mandatos.
Linfas que sois la perdición del vino,
Id del austero á refrescar los vasos;
Beber el vino puro
Nos aconseja Baco.

Pero Catulo no sólo cultivó la amistad de los jóvenes de su edad, de sus compañeros de trabajo y de orgía, de aquellos en cuya compañía, ora componía inspirados versos, ora se entregaba á los más desenfrenados placeres; sino que también buscó la sombra protectora de los hombres que, ó eran respetables por su alta posición social, ó por la reputación que habían conquistado como hombres de letras, ó por su influencia en la política.

Á este grupo pertenecían Manlio Torcuato, Cornelio Nepote y Memmio.

¿Quién fué Manlio Torcuato? Sin duda uno de los más distinguidos aristócratas de Roma, descendiente de las dos ilustres familias de los Manlios y de los Torcuatos.

Cicerón,¹ en su libro «De Finibus Bonorum et Malorum,» habla del primero que mereció llevar el nombre de Torcuato por haber arrancado un famoso collar al enemigo, movido por un sentimiento de voluptuosidad, y agrega que fué el mismo Torcuato que dió tal muestra de severidad para con su hijo, que lo condenó á muerte, ahogando el grito de la Naturaleza y de su amor paternal, para cumplir con el imperioso sentimiento del deber.

De todos los Manlios Torcuatos de que nos habla la historia, aquel á quien Catulo se refiere en sus Odas, no puede ser otro que el hijo de L. Manlio Torcuato, cónsul éste el año de 65 y cuyo hijo fué Pretor el año 49.

L. Manlio Torcuato, aquel á quien fuera consagrado el hermosísimo Epitalamio en glicónicos con motivo de su matrimonio con Junia Arunculeia, nació, pues, el año 89 A. C., esto es, cinco años antes que Catulo. El año 66 acusó á Sila; el año 62 pidió la cuestura y murió en la guerra de África el año 47.²

¹ Cicerón. De Finibus Bonorum et Malorum, I, VII, 25.

² De Bello Afric. 96.

Cicerón,¹ en su libro ya citado «De Finibus Bonorum et Malorum,» nos presenta á Manlio Torcuato como un hombre consagrado al estudio de la historia y de los poetas, conservando en la memoria una gran cantidad de versos y experimentando una verdadera voluptuosidad con el cultivo de las letras.

El mismo Cicerón, en su Libro sobre Bruto, capítulo LXXVI, nos dice que aunque Torcuato fué más bien un hombre de estado, no por eso debe dejar de considerársele como un orador. Era profundo en las letras; tenía conocimientos que, lejos de ser vulgares, podían considerarse como muy extensos; su memoria era portentosa, su estilo grave y elegante y todos esos méritos estaban, además, realzados por la dignidad é integridad de su vida.

Catulo consagró todavía á Manlio Torcuato la primera parte de la Oda LXXVIII, en la cual contesta á alguna carta en que le hubiera hecho saber que él también acababa de sufrir un gran duelo.

Mucho han discutido los críticos para precisar cuál fué la pérdida que Torcuato experimentara, si una igual á la que Catulo hubo de sufrir con su desilusión respecto á Lesbia, ó la muerte de su esposa Junia Arunculeia.

Paladio y Partenio,² en su comentario, han sido

¹ Cicerón. Obra citada, I, VII, 25.

² Partenio y Paladio. Comentarios sobre Catulo, edición de 1520, pág. 82.

los primeros en suponer que era la muerte de su esposa, á quien amaba mucho, la que Torcuato lamentaba. Esta opinión parece ser hoy la generalmente admitida.

Las relaciones de Catulo con Cornelio Nepote han de haber sido más íntimas que las que pudo cultivar con Torcuato; porque aunque éste tuviera una afición decidida al estudio y procurara, por medio de él, el cultivo de su espíritu, Cornelio Nepote estuvo consagrado á las letras de toda preferencia, á no ser que sea cierto lo que de él y de Ático parece haber dicho Fronto.¹ Por otra parte, no es verdad que Nepote naciera en las Galias, como Ausonio² lo supone, y si hemos de creer lo que de él dicen Plinio³ el naturalista y Plinio⁴ el joven, era conterráneo de Catulo, porque había nacido á las orillas del Pó, tal vez en Ticinum, como opina Mommsen.⁵

Cicerón,⁶ en sus cartas á Ático, menciona á Nepote y dice que era un hombre divino, y el mismo Catulo, en recompensa de los elogios que le había pro-

¹ Fronto. Nab., págs. 20, 8, 138, 159 y 148, dijo que ambos fueron librereros.

² D. M. Ausoni Opera 23, 9.

³ Plinio. Historia Natural. Lib. III, XVIII: «et Nepos etiam Padi accola.»

⁴ Plinio el joven. Ep. XXVIII, Lib. IV.

⁵ W. S. Teuffel. Obra citada, tomo I, pág. 342.

⁶ Cicerón. Cartas á Ático, 16, 55, 16, 14, 4.

digado, hubo de dedicarle una colección de sus poesías.

La Oda I á Cornelio dice:

¿A quién mi libro dar, gracioso y nuevo,
Ya con la pómez áspera pulido?
Á ti, Cornelio; porque tú solías
Juzgar mis versos de tu elogio dignos,
Cuando en tres libros laboriosos, doctos,
Tú, el único entre todos los latinos,
Toda la historia ¡oh, Júpiter! narraste.
Acepta tal como es aqueste libro,
Y concédeme, ¡oh, Virgen protectora!
Que pueda perdurar por más de un siglo.

No ha llegado hasta nosotros la crónica escrita por Cornelio Nepote á que Catulo hace referencia. Probablemente, como Teuffel¹ lo conjetura en su Historia de la Literatura Romana, siguiendo en esto al traductor y comentador francés de Ausonio,² la obra en que Cornelio Nepote elogió al poeta, fué la crónica mencionada por Ausonio en su Epístola XVI. «Apologos Titiani et Nepotis Chronica quasi alios apologos, nam et ipsa instar sunt fabularum misi.» «Te envié los Apólogos de Ticiano y las Crónicas de

¹ W. S. Teuffel. Obra citada, tomo I, pág. 342.

² Œuvres complètes d'Ausone par E. F. Corpet, tome II, page 434.

Nepote, que son casi otros apólogos, porque son fábulas como ellos.»

Otro de los hombres políticos prominentes con quien Catulo tuvo relaciones, fué Cayo Memmio Gemello, el Pretor de Bitinia, á quien acompañó en su viaje en unión de Cinna y tal vez del mismo Lucrecio, como algunos suponen.

Memmio, como la mayor parte de los hombres políticos de su tiempo, era también un hombre de letras, aunque más aficionado á las griegas que á las latinas, según nos dice Cicerón.¹ Además, era un orador elocuente y de palabra dulce.

Ovidio, hablándonos en las Tristes, Libro II, de los cantos de Memmio, nos dice:

Quid referam Ticiadæ, quid Memmi carmen apud quos,
Rebus adest nomen, nominibusque pudor.

Plinio el joven,² en una de sus cartas, disculpándose de haber escrito algunas poesías líricas, dice que ha hecho lo que antes que él hicieron Cicerón, Calvo, Catulo, etc., ó más bien los Torcuatos, los Memmios, los Lentulos, los Getulios y los Sénecas, y por último, en las Noches Áticas de Aulio Gelio³ aparece que los

¹ Cicerón. Brutus.

² Plinio. Epist. V, 3.

³ Auli Gellii. Noctium Atticarum. Lib. XIX, cap. IX, 7.

griegos, en el banquete dado por un adolescente de Asia, le dijeron á Antonio Juliano que Catulo y Calvo tenían mérito; pero que Hortensio era poco delicado, Cinna obscuro y Memmio duro.

Á muchos comentarios ha dado lugar la dedicatoria que á Memmio hizo Lucrecio de su poema «De Natura Rerum.» Algunos encuentran inexplicable la dedicatoria de Lucrecio, porque, según Cicerón, Memmio tenía en muy poco las letras latinas; y otros no pueden comprender que fuera ofrecido como homenaje, un poema en que se explica la doctrina de Epicuro, á aquel á quien era necesario que se le suplicara diera á sus sectarios el terreno que, por contener ruinas de la casa de Epicuro, consideraban como un lugar sagrado.

Merced á Cicerón¹ hemos llegado á conocer este episodio:

Cicerón, durante el consulado de Pompeyo y de Metelo, año 703 de Roma, le escribió á Memmio desde Atenas para que cediera á Patrón una parte de la antigua habitación de Epicuro, fundándose en que se sabía que había prescindido ya de la idea de construir en el terreno. Se trataba, dice Cicerón, nada menos que del deber, del honor, de la autoridad de Epicuro, de la casa donde había residido, de lo poco que había quedado del grande hombre, lo cual Fedro había recomendado que se adquiriera.

¹ Cicerón. Carta á Memmio. Fam. XIII, 1.

Sería necesario, agrega Cicerón, burlarse de la filosofía de Patrón, del hombre y de sus doctrinas, para poder censurar el objeto que lo mueve al hacer su petición.

El texto mismo de la carta de Cicerón revela las pocas esperanzas de éxito que abrigaba el gran orador, y el desdén con que Memmio miraba la filosofía de Epicuro. Pero Memmio era, en la Literatura y en la Filosofía, lo que había sido en sus relaciones con sus amigos y lo que fuera también en su vida política: inconsecuente, falso y desleal.

Memmio fué amigo de Pompeyo, y á la recomendación de éste debió, sin duda, ser nombrado Pretor de Bitinia; pero, en cambio, según nos cuenta Suetonio en la vida del gramático Cursio Nicias, se valió de éste para enviar una carta á la mujer de Pompeyo, quien lo denunció á su marido para que le prohibiera la entrada á su casa.

Memmio fué un jurado enemigo de César. Según Suetonio, cuando Memmio fué Pretor en unión de Lucio Domicio, ambos pidieron que se examinaran todos los actos de César. Antes lo había acusado en el Senado por su comercio ilícito con Nicomedes, rey de Bitinia; y sin embargo, buscó el perdón de César, y éste hubo de ayudarlo con todo su crédito para pretender el consulado.

Catulo, en sus Odas X y XXVIII, nos da una exacta idea de lo que era el carácter de Memmio: cínico,

egoísta, poco dispuesto á ayudar á los jóvenes que lo acompañaban, y desdenoso, á causa de su nobleza, para con aquellos á quienes no consideraba sus iguales.

Catulo lo juzga al igual de Pison, que había burlado las esperanzas de Veranio y de Fabulo. «Pete nobiles amicos,» dijo Catulo profundamente desengañado; y lleno de ira exclamaba: ¡que los dioses y las diosas os colmen de males, verdaderos oprobios de Rómulo y de Remo!

Pero en verdad era noble. La familia de los Memmios era muy antigua; si hemos de creer á Virgilio (en la Eneida, Lib. V), la hace remontar á Mnestheo. «Mox Italus Mnestheus, genis a quo nomine Memmi.»

El primer Memmio de que nos habla Tito Livio,¹ es Cayo Memmio, que fué Pretor de Cerdeña bajo el consulado de C. Claudio Pulcher y de T. Sempronio Graco, seis años antes de la guerra de Perseo. Aquel tuvo dos hijos, C. y L. Memmio, oradores que vivieron en tiempo de Yugurta y de Silla, y de los cuales hablan Cicerón y Salustio.

La historia habla también de un M. Memmio que, en la guerra de Sertorio, fué Cuestor de Pompeyo, con cuya hermana se había casado.

¹ Tito Livio. Lib. 41, 42.

Descendiente de este Memmio fué Lucio, el padre de Cayo Memmio Gemello.

Catulo no llegó á ver á Memmio caído, perseguido y desterrado de Roma; pero á su vuelta de Bitinia fué acusado por César, y más tarde, condenado por virtud de la Ley Pompeya, «De Ambitu,» y se retiró á Grecia, donde murió pocos años después.

Las relaciones que Catulo conservara con los hombres políticos de su tiempo, con los poetas sus amigos, con los miembros de la aristocracia romana, nos dan una idea de la posición social que ocupaba, de las consideraciones que se le tributaban y del alto concepto en que sus contemporáneos lo tenían.

¿Pero los recursos pecuniarios de Catulo lo autorizaban para llevar ese género de vida, y consagrarse de una manera exclusiva á las letras y al amor?

Unos creen que Catulo era rico y que sus riquezas le permitían una vida holgada, tener su casa de campo en Tivoli, conservar su palacio de Sirmio, construir su *phasellus* para volver de Bitinia, y no tener necesidad ni de la protección de César ni del auxilio de Pompeyo; pero otros, al contrario, juzgan que Catulo era más bien pobre, porque sólo así explican su Oda á Fabulo y el Epigrama XXVI á Furio, y que hubiera emprendido el viaje á Bitinia á riesgo de volver como regresara con las manos vacías.

Parece fuera de toda duda que su padre, en Verona, disponía de cuantiosas riquezas, porque sólo así se